



Mercedes de Miguel

LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON



•Nadie dijo que la lucha
contra el terrorismo internacional
fuera fácil•

LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON

MERCEDES DE MIGUEL

*«No será ventajoso para el ejército actuar
sin conocer la situación del enemigo,
y conocer la situación del enemigo
no es posible sin el espionaje»*

(“El arte de la guerra”, Sun Tzu)

Agradecimientos

A mi hija Silvia, la primera en leer mis manuscritos, y la primera también en promocionarme entre sus amigos.

A mi madre, que siempre empieza a leer por el final (¡le puede el «ansiaviva»!), por más que le diga que así se pierde eso tan importante como es el suspense.

A Francisco Guerrero, *Fransy*, y Marina Sánchez, *Ariel Romero*, por el apoyo mostrado desde que un buen día descubrieron *La Virgen de los leggings* y nos hicimos amigos. Tanto *Las lecturas de Fransy* como *Misterios de escritora* son, respectivamente, blogs literarios que no deberíais dejar de seguir.

A Alexia Jorques, una profesional como la copa de un pino y magnífica maquetadora, con la que llevo años colaborando y que siempre capta a la perfección las ideas que le transmito para las portadas.

A Montse, Mar, Moni, Carmela, Andrea, Sonsoles y Paloma, por el cariño e interés con el que leéis mis novelas recién sacadas del horno antes de corregirlas, trasladándome sugerencias que invariablemente me ayudan a mejorarlas.

A tantos amigos que me dan publicidad y que no nombro porque no quisiera olvidar involuntariamente a ninguno.

Gracias también a los lectores anónimos que dejan algún comentario en Amazon.

Si queréis comunicaros conmigo de forma privada para darme vuestra opinión, aparte de encontrarme en Facebook podéis hacerlo a través de mi correo electrónico: mr-demiguelproc@hotmail.com

Nota de la autora

Como algunos lectores tal vez ignoréis que LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON es una continuación de TORMENTA, decir que ambas son autoconclusivas y el orden de los factores no altera el producto. Tanto se pueden leer sucesivamente como a la inversa, porque nada influye en cuestión de argumento. Si en TORMENTA asistimos a la evolución de Beatriz, en LA VIDA SECRETA DE LOS BRANDON todo es más de lo mismo pero no tiene nada que ver. Así, pues, si alguien prefiere invertir la cronología, encontrará que TORMENTA es una precuela y al leerla en segundo lugar hallará respuestas y explicación a algunos hechos que se narran de forma sucinta en la que ahora tenéis en vuestras manos.

Pero entremos ya en materia...

Castillo de Devonshire,
Inglaterra, 2017

Duke se revolcaba por la hierba con Jamie, entre carcajadas de este y lametones del perro. Cuando el niño se levantó, tenía la ropa hecha un desastre. «Allison me va a matar». *Daf* los contemplaba sentado con semblante hierático a unos metros de distancia. Él era mucho menos dado a la efusividad, aunque tampoco podría decirse que fuese poco afectivo. Si acaso, algo temeroso de enfrentarse a su hermano. Una vez lo había intentado y la cosa no salió bien. El colmillo que aquel le dejó clavado en el lomo lo perdió, no así sus ganas de quedar siempre por encima. En aquel momento decidió que no valía la pena. Siempre sería un segundón, y por eso prefería no interferir demasiado. Le compensaba el cariño que su dueña le tenía. «*Daf*, no deberías quedarte siempre al margen», le decía invariablemente Beatriz, acariciándole la cabezota, para a continuación invitarle a salir con ella a pasear. *Duke* rara vez los acompañaba porque era díscolo y temperamental. Si olfateaba el rastro de una liebre, escapaba a la carrera y no atendía a razones. De ahí que, en sus paseos a caballo, Beatriz prefiriese siempre la compañía de *Daf*, obediente y dócil.

William, por el contrario, y al igual que su hijo, sentía debilidad por el travieso *Duke*, pero cada vez eran menos frecuentes las ocasiones en las que cabalgaban juntos. Su padre estaba siempre tan ocupado...

Jamie entró en el castillo sigilosamente, temeroso de que Allison contemplase el desaguisado, pero no se la veía por allí. Subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio y buscó en el armario otro atuendo con el que cambiarse para la cena. Tiró en el cesto de la ropa sucia el anterior y bajó silbando de nuevo, sin reparar en el barro adherido a su flequillo y mejillas. Desde luego, si hubiese querido ocultar

un crimen, las pruebas en su contra habrían sido demasiado evidentes. Pero como no era ese el caso, el recibimiento cuando entró en el comedor fue festivo. Su abuela Anna tendía los brazos hacia él, que sin dudarlo se acercó para recibir una buena ración de achuchones. Hoy cenarían solos. Sus padres, William y Beatriz, regresarían presumiblemente tarde. Ella, médico psiquiatra, había avisado de la demora apenas media hora antes. La última consulta de la tarde así lo hacía presagiar. Era un paciente habitual y extremadamente conflictivo. Su desequilibrio mental había ido aumentando gradualmente en las últimas semanas, pero confiaba en que una charla tranquila y sin restricciones horarias le sosegasen. En caso contrario, no quedaría otra opción que su internamiento, algo que Beatriz decidiría en último extremo, agotadas las demás vías. Demasiado bien sabía por lo ocurrido con su madre en el pasado que eso no garantizaba la mejoría del enfermo.

En cuanto a William, su trabajo en el cuerpo jurídico del Ministerio del Interior solía retenerlo invariablemente con cuestiones urgentes de última hora. Así pues, no era inusual que a diario regresase cuando él ya dormía. Por no hablar de sus frecuentes viajes. No obstante, y aunque Jamie le viese menos de lo que hubiera deseado, lo adoraba. De hecho, la adoración era mutua. Y los ratos que pasaban juntos no los cambiaría por nada.

Pero es que el niño, en realidad, era cariñoso por naturaleza. Sus tíos Philip y Olivia eran también insustituibles para él, así como su hijo Henry, a la sazón su primo, al que sacaba un año. Pese a padecer síndrome de Asperger, este era tan leve que apenas se percibía. Solo cuando algo lo ponía nervioso y comenzaba a balancearse repitiendo una palabra machaconamente, se hacía evidente que sufría algún tipo de trastorno. Esto, generalmente, le duraba poco. Bastaba cualquier distracción para que regresase de su mundo a retomar el juego con el que estuviesen entreteniéndose en ese momento. Jamie mostraba una paciencia

infinita con su primo, al que veía con frecuencia pese a que él y sus tíos residían habitualmente en Escocia, puesto que muchos fines de semana los pasaban en Devonshire.

—Jamie, ¿ya has pensado en la lista de invitados a tu cumpleaños? —Preguntó Anna—. No queda mucho y hay que enviarlas, recuerda.

—¿Para qué, abuela? —Se sorprendió el niño, mirándola con los ojos abiertos de par en par—. ¡Si voy a invitar a toda la clase!

Anna meneó la cabeza. Todavía seguía encontrando extraño que se dirigiese a ella con el apelativo «abuela» porque se consideraba demasiado joven aún para eso. Sin embargo, era consciente de que ya no lo era tanto. Los años habían transcurrido con una velocidad pasmosa y sin apenas darse cuenta. Cuando finalizó su romance con Javier, el padre de su nuera Beatriz, empezó a considerar que se estaba haciendo mayor, si bien se negase a reconocerlo. La ruptura fue gradual, lo que no impidió que continuasen manteniendo una gran amistad. De hecho, Javier solía visitarlos de tanto en tanto. No sabría decir qué había motivado el distanciamiento paulatino. El flechazo que ambos sintieron nada más conocerse fue instantáneo, y la pasión, desbordante. Ambos eran viudos en aquel entonces, y la amistad incipiente de sus respectivos hijos los unió a ellos. La menopausia prematura de Anna pudo desencadenar el enfriamiento de su relación: ella ya no sentía las mismas ganas de satisfacer sus necesidades. Paulatinamente, la fogosidad fue transformándose en una afectuosa camaradería que todavía perduraba. Un par de años atrás, habían vivido un episodio de enardecimiento que apenas duró unos días: los que Javier pasó en Devonshire coincidiendo con la Navidad. Pero no supuso en modo alguno la continuación de lo que la desidia había interrumpido. Fue algo muy grato, aunque lamentablemente puntual. A estas alturas, estaba segura de que Javier no viviría como un monje. Sin embargo, nunca le hizo el menor comentario al respecto, pese a

la mutua confianza que se profesaban. «Mejor eso que nada», pensó frunciendo la boca y mirando hacia ninguna parte con nostalgia.

—Muy bien, amiguito —dijo—. En tal caso, tendrás tarea doble por hacer. ¿Cuándo piensas empezar con las postales?

El niño masticó rápidamente antes de contestar. Sabía que su abuela era bastante protocolaria con las cuestiones relativas a la buena educación en la mesa y no quería recibir una reprimenda si hablaba con la boca llena.

—No hace falta —informó con naturalidad—. Se lo diré mañana en clase y ya está.

—Está bien, está bien —convino Anna, susurrando de forma apenas audible. Era evidente que las nuevas generaciones no guardaban respeto alguno por las tradiciones. Pero, al fin y al cabo, tampoco había tanta diferencia entre invitar de palabra o por medio de tarjetones. La espontaneidad de Jamie le hizo esbozar un gesto de ternura desacostumbrado en ella, que jamás, cuando William tenía su misma edad, se había permitido la menor debilidad en su férrea educación. «Ah, va a ser verdad eso que dicen de que ser abuelo te vuelve permisivo». —Luego, reprimiendo la risa, le amonestó—: Anda, lávate bien la cara antes de acostarte, que pareces un aborígen australiano. ¡Y deja de darle comida por debajo de la mesa a *Duke*! ¿Acaso no te parece que ya está bastante malcriado?

Duke, tan pronto escuchó su nombre, salió muy dignamente y se situó frente la chimenea junto a *Daf*, al que miró de refilón para que se abstuviese de intentar cualquier motín que cuestionase su supremacía. *Daf*, por toda respuesta, permaneció tumbado ignorándole. Su hermano era imposible. Bostezó con aburrimiento. El bostezo de un dogo alemán parecía el rugido de un león, aunque menos iracundo.

Thames House, Millbank,
Londres, 2013

El edificio donde se ubicaba el MI5 era imponente. Sus muros de piedra grisácea ocupaban toda una manzana y le conferían el aspecto de la sede de un gran banco, salvo por la ausencia de letreros indicativos. William inspiró profundamente antes de penetrar en él. Se planteaba si no sería mejor largarse de allí antes de tener que lamentarlo. Cierto era que la cuestión por la que había sido citado le intrigaba. Dudaba que su expediente académico (excelente, por otra parte) y sus dos años de experiencia en el cuerpo jurídico del Ministerio del Interior fueran suficientes para que nadie considerase necesario reclutarle para no se sabía qué exactamente. El tipo que le dio la tarjeta con el lugar y fecha de la cita fue escueto. A ese hombre no lo había visto en su vida antes de aquel momento. Tan solo una frase que dijo, le hizo sospechar qué podrían querer de él: «No nos conoce; nosotros a usted, sí. Sus credenciales pueden sernos muy beneficiosas a todos, siempre y cuando sea un verdadero patriota».

Y, a continuación, había deslizado discretamente la tarjeta en su mano al estrechársela, casi un palmo por detrás de él. Cuando quiso volverse para preguntarle a qué se refería, ya había desaparecido de su campo visual. De repente, se encontró mirando la misiva con incredulidad en medio de la calle.

El policía al que entregó su carnet de identidad a la entrada lo escrutó, consultó el listado de visitas, le hizo estampar la huella de su pulgar en un lector digital y lo condujo a una sala de espera, donde aguardó escasamente cinco minutos hasta que otro agente le invitase a seguirle por interminables pasillos hacia un ascensor, que descendió al menos dos niveles a velocidad supersónica. Tanta, que William se mareó un poco.

Un nuevo pasillo se abría ante ellos. Las paredes eran de cemento oscuro, pero los puntos de luz suministraban suficiente luminosidad. Al fondo se veía una puerta cerrada en la que rezaba un rótulo de «prohibido el paso sin autorización». Su acompañante dio dos golpes secos y, sin esperar respuesta, la abrió. «Puede entrar, *sin*». Luego cerró la puerta sigilosamente y volvió sobre sus pasos.

Se encontró en el umbral de una estancia inmensa cuya zona central estaba presidida por una mesa ovalada, a la cual se hallaban sentadas al menos diez personas uniformadas. Todo el perímetro lo ocupaba un enjambre de aparatos informáticos y cables que enlazaban unos con otros, emitiendo pitidos a intervalos regulares y luces intermitentes de diversos colores. Con un arqueo de cejas, el que ejercía de maestro de ceremonias le invitó a tomar asiento en una de las cabeceras de la mesa. Acto seguido, nombró a los asistentes por orden jerárquico y dejó para lo último su propia identificación: Mayor Tyler Watts.

—Hechas ya las presentaciones, tenemos que hablar de un asunto importante, Lord Brandon —dijo—. Iremos al grano porque tiempo es lo que nos falta a todos, así que no nos andaremos con rodeos. Bien —carraspeó dos veces—. Después de someterlo a un examen minucioso, queremos proponerle que se una a nosotros como agente del MI5. Reúne usted la mayoría de los requisitos que exigimos. Por supuesto, y antes de que se decida, hemos de informarle convenientemente acerca de sus obligaciones.

William notó cómo un sudor frío empezaba a recorrerle la nuca con intención de no detenerse hasta llegar a su espina dorsal. «¿Dónde me he metido?». Sacudió la cabeza en un gesto inconsciente, intentando alejar la incomodidad. Tragó saliva.

—Si lo hace, ha de ser consciente de que no será fácil —continuó el interlocutor—. Recibirá un duro entrenamiento mental y físico. No podrá decirle a nadie, ni siquiera a sus más allegados, que es uno de los nuestros. Probablemente será asignado a misiones que pondrán en peligro su vida. Tendrá que mantener contacto permanente con la Organización y estar disponible las veinticuatro horas del día los trescientos sesenta y cinco días del año. En suma: su vida, a partir de ese momento, tendrá un doble fondo. A cambio, disfrutará de la oportunidad de participar en operaciones que pueden salvar a miles de personas y mantener el *statu quo* de la comunidad internacional civilizada. Nada más y nada menos. No nos dé una respuesta ahora. Los aquí presentes somos conscientes de que no es una decisión fácil. Medítelo, y en el plazo de una semana nos la traslada. Nosotros nos pondremos en contacto con usted para conocer su decisión. Su nombre provisional en clave para próximas comunicaciones será *Lancaster*. Cuando alguien se le dirija por tal apelativo, sabrá que viene de nuestra parte.

El mayor Watts pulsó un timbre y enseguida apareció el mismo agente que lo había acompañado a la sala de reuniones media hora antes. William se levantó, hizo un gesto de cortesía con la cabeza en señal de despedida y le siguió. En el tiempo que había durado la entrevista no había pronunciado palabra. En ningún momento se le dio pie a ello.

Caminó hasta el parking donde había estacionado su vehículo sin poder alejar la sensación de perplejidad. Una vez dentro, se desanudó la corbata y apoyó la cabeza sobre el volante.

Jamie aún estaba despierto cuando llegó a Devonshire. Anna le leía un cuento en la cama y él intentaba mantener los ojos abiertos, aunque los párpados se le cerraban. William le hizo cosquillas, rieron los dos, Anna protestó porque iba a conseguir desvelarlo y, finalmente, cuando el niño concilió el sueño, salieron ambos de su dormitorio.

—¿Qué tal el día, hijo? —preguntó Anna.

—Bien, sin novedad —repuso William, a sabiendas de que su gesto preocupado no le pasaría desapercibido a su madre. Por eso desvió intencionadamente el rumbo de la conversación—: ¿Te ha dado mucho la lata hoy?

Anna esbozó una sonrisa afable y meneó la cabeza en sentido negativo. Que habían estado muy entretenidos visitando las cuadras y al nuevo potro que había nacido el día anterior. Que Jamie se había mostrado entusiasmado y quería acariciarlo todo el tiempo, solo que la yegua no estaba demasiado predispuesta a consentirlo. Y que luego se habían divertido mucho viendo una película de animación que, por supuesto, Jamie interrumpió constantemente con sus carcajadas. El gesto tierno con el que Anna describía la situación le hizo a William recordar cuando él contaba la misma edad de su hijo y su madre no era ni la mitad de concesiva como lo era ahora con el nieto. Se sonrió, condescendiente. Al fin y al cabo, se decía que los abuelos siempre eran más permisivos con los nietos que con los hijos. Recordó también con cierta acritud cuando, años atrás, le había hablado de aquella compañera de colegio que hoy era su esposa, y su madre le había advertido que no esperase llegar a nada más que una simple amistad, porque él se debía a ciertas obligaciones por razón de su rango. De

casarse con ella en un futuro, ni hablar. ¡Si ni siquiera era inglesa! Bueno, pues se había salido con la suya. El inicial recelo de Anna había dado paso paulatinamente a una sincera admiración por la española que habría de convertirse en su nuera. Ciertamente no era aristócrata, pero su exquisita educación le había hecho granjearse su simpatía. Por no hablar de la valentía que demostró al tomar como favorito en sus visitas a Devonshire a *Hugh*, aquel caballo que nadie más se atrevía a montar y que una vez estuvo a punto de matarla cuando, en medio de una espesa niebla, se desbocó en una carrera enloquecida hacia el lago donde un día aciago, Catherine, tía bisabuela de William, había perdido la vida muchos años atrás. *Hugh* era descendiente de aquel caballo en el que cabalgaba Catherine ese día, y quedó marcado por la fatalidad desde entonces. La maldición de su estirpe se confirmó poco tiempo después. Una noche, después de la ración de pienso, *Hugh* salió de su box en un descuido del mozo de cuadra y emprendió una carrera enloquecida hasta el lago maldito, en el que se ahogó. Una leyenda más a engrosar las que ya pululaban por Devonshire, como la del fantasma de Catherine apareciéndose cuando se le antojaba. Para los moradores del castillo era algo tan habitual que no le concedían la menor importancia. Por eso, y por muchas otras cosas más, Anna siempre vio en Beatriz a una persona de cualidades excepcionales. Y cuando percibió la determinación en los ojos de su hijo William, que estaba dispuesto incluso a que lo desheredase con tal de no renunciar a ella, supo que no pondría objeciones a su relación. El tiempo le había dado la razón.

Cuando Beatriz entró en el dormitorio con sigilo, por temor a turbar el sueño de William, eran las diez de la noche. Al verlo despierto, se tumbó a su lado y le dio un beso en los labios. Él la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza. Ella se desasíó sin brusquedad, incorporándose un poco. Aunque ambos seguían tan enamorados como al principio, sabía que aquel gesto obedecía a algo más que al enardecimiento.

—¿Algún problema hoy, Will? —preguntó, enarcando una ceja.

—No, nada.

—Venga, sabes que a mí no puedes engañarme —insistió.

Y a continuación le mordisqueó el cuello para provocarle las cosquillas, algo a lo que sabía que William no lograría resistirse. Por eso, este le pidió una tregua que le permitiese ganar tiempo para buscar la mejor manera de decirle algo que no podría confesarle bajo ningún concepto. Midió sus palabras, se tomó unos instantes para valorar si resultarían lo suficientemente convincentes y le estampó un beso en la cabeza. Si no tenía que sostenerle la mirada le resultaría más fácil mentir. Mejor dicho, contarle una verdad a medias.

—Es simplemente un cambio de departamento en el Ministerio, que me mantendrá aún más ocupado porque entraña mayor responsabilidad. Todavía no he dicho que sí.

—Pero, Will, ¡es una magnífica noticia! —palmeó Beatriz, entusiasmada—. Eso es un ascenso en toda regla, que a su vez significa cómo valoran el trabajo que has venido desarrollando hasta ahora. ¡No puedes negarte!

—No sé —vaciló William en tono quejoso—. Tengo miedo de hipotecar mi vida, nuestra vida, y de no poder disponer del poco tiempo que pasamos juntos. Ya estamos bastante ocupados los dos como para añadirle un plus.

—Bueno, si más adelante sientes que la situación te sobrepasa, siempre estarías a tiempo de renunciar —sugirió